

La guerra revolucionaria del PRT-ERP*

◆ *Vera Carnovale*

1. Breve recorrido por la actuación del PRT-ERP

El Partido Revolucionario de los Trabajadores fue fundado en 1965 a partir de la confluencia entre el Frente Revolucionario Indoamericano Popular (FRIP), movimiento indoamericanista liderado por Mario Roberto Santucho, y Palabra Obrera, agrupación trotskista liderada por Nahuel Moreno. En 1968, en vísperas de la realización de su IV Congreso, un grupo de militantes identificados con Nahuel Moreno se escindió, conformando el PRT-La Verdad. Por su parte, los militantes identificados con las posturas de Mario R. Santucho asumieron el nombre de PRT-El Combatiente (en adelante PRT), denominación claramente alusiva a la decisión de este último grupo de iniciar en lo inmediato la lucha ar-

* Algunos apartados de este artículo han sido tratados previamente en Carnovale (2008).

◆ UNSAM- CONICET

mada como parte de su estrategia para la toma del poder (tema central, éste, de las disputas que determinaron la fractura de la corriente morenista)¹.

A mediados de 1970, el PRT celebró su V Congreso y allí dio carta de fundación al Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). A partir de entonces –y hasta su derrota definitiva en 1977²– el PRT-ERP llevaría adelante una intensa y variada actividad política y militar que lo erigiría como la organización de la izquierda revolucionaria de mayor incidencia en el escenario político nacional fuera del peronismo y la más activa militarmente.

Si bien desde su propio surgimiento, adscribiendo al modelo leninista de organización, el PRT se postuló como partido clandestino de cuadros, estimuló, a su vez, la formación de distintos “frentes” –expresiones legales de sus alianzas y acuerdos con diversas agrupaciones políticas, gremiales y sociales así como con dirigentes independientes– con el objetivo de canalizar y orientar la movilización popular y alcanzar una mayor gravitación en la arena política nacional. Los frentes más destacados que impulsó e integró el PRT-ERP fueron el Frente Antiimperialista por el Socialismo (FAS), que realizó seis congresos entre 1972 y 1974, y el Movimiento Sindical de Base (MSB), integrado por agrupaciones sindicales y comisiones internas. En el espacio de la cultura conformó el Frente Antiimperialista de Trabajadores de la Cultura (FATRAC) que núcleo a artistas e intelectuales entre 1968 y 1971, aproximadamente. A su vez, organizó la Juventud Guevarista (JG), agrupación de superficie del PRT para los jóvenes. Paralelamente, mantuvo una política activa de promoción y participación en organizaciones de solidaridad con los presos políticos y sus familiares: tal fue el caso, por ejemplo, de la Comisión de Familiares de Presos Políticos, Estudiantiles y Gremiales (CO-

¹ No sería ésta, por cierto, la única escisión que sufriera el PRT a lo largo de su vida activa. Hacia mediados de 1970 (durante el proceso de realización del V Congreso partidario e inmediatamente después) tienen lugar dos escisiones (Tendencia Comunista y Tendencia Proletaria o Milicia Obrera). Dos años más tarde, en 1972 otro grupo de militantes, liderado por Joe Baxter, militante de la Liga Comunista Francesa (miembro de la IV Internacional), daría lugar al PRT- Fracción Roja; en tanto otro grupo, partidario de un acercamiento al peronismo, conformaría el ERP 22 de agosto.

² Se ha situado la derrota definitiva del PRT-ERP en 1977 porque es el año en que la organización dejó de actuar militarmente en el país y en que la dirección partidaria tomó la decisión de un repliegue que implicaba enviar al exterior a la mayor cantidad posible de cuadros y militantes. De todos modos, algunas aclaraciones podrían resultar pertinentes. En primer lugar, como se señalará más adelante, desde 1975 el PRT-ERP sufrió numerosas derrotadas militares y golpes represivos que dañaron severamente su capacidad operativa y que permitirían fechar su derrota hacia mediados de 1976 o incluso antes. En segundo lugar, y no obstante lo anterior, es cierto que la organización reconoció diversas formas de sobrevivencia a partir de entonces y hasta los primeros momentos de la década de 1980 (ya sea a través de las “prácticas de resistencia” de los militantes presos en las cárceles o de las actividades y debates de quienes partieron al exilio). De todos modos, desde 1977 la historia del PRT-ERP es, en gran medida, la historia de una disgregación (cuyo punto culminante sobrevino en el año 1979).

FAPPEG) y del desempeño profesional de militantes perretistas en la Asociación Gremial de Abogados, orientada, fundamentalmente, a la asistencia jurídica de presos políticos.

A mismo tiempo, el PRT-ERP mantuvo una intensa actividad de “agitación y propaganda”, tanto a través de las tradicionales “volanteadas” en puertas de fábricas, facultades o barrios, como a través de su propia prensa que editó con sobresaltada pero importante regularidad, teniendo en cuenta que durante la mayor parte de su vida activa, la organización estuvo proscrita³. Según Pablo Pozzi, entre mayo y agosto de 1973 (es decir, durante el período de legalidad) la prensa partidaria alcanzó su punto más alto: *El Combatiente*, órgano de difusión del PRT, de edición quincenal, vendía alrededor de 21.000 ejemplares, en tanto *Estrella Roja*, órgano de difusión del ERP, alcanzó durante el mismo período la cifra de 54.000 ejemplares⁴. Por su parte, María Seoane estimó la tirada clandestina media de uno y otro en 10.000 ejemplares, aproximadamente⁵.

Por otro lado, habiendo incorporado la lucha armada como estrategia para la toma del poder, el PRT-ERP realizó una gran cantidad de acciones militares de diversa envergadura, naturaleza y suerte: desarmes a policías, ataques a comisarías y puestos camineros, “expropiaciones” (de vehículos, de dinero, de alimentos) repartos de bienes de primera necesidad en barrios pobres, “ajusticiamientos” de represores y empresarios, secuestros extorsivos, atentados con explosivos, entre otras. Menos numerosos pero de mayor repercusión fueron los ataques a cuarteles y guarniciones militares (registrándose un total de siete entre febrero de 1973 y diciembre de 1975). Finalmente, dentro de este amplio abanico, a comienzos de 1974, el PRT-ERP estableció un frente militar en el monte tucumano, la “Compañía de Monte Ramón Rosa Jiménez”, que sería prácticamente aniquilado hacia 1976.

Ahora bien, cualquier recorrido por la historia del PRT-ERP, y aún cualquier ponderación de su experiencia, no puede dejar de lado ni la dimensión de su

³ Surgida en la clandestinidad durante la dictadura instaurada en 1966, gozó de un breve período de legalidad tras la asunción a la Presidencia de la Nación de Héctor Cámpora en mayo de 1973. Sin embargo, en septiembre de 1973, tras el asalto frustrado del ERP al Comando de Sanidad del Ejército en Capital Federal, la organización fue ilegalizada a través del decreto 1454.

⁴ Pozzi (2000).

⁵ Seoane (1992). Quizás resulte pertinente agregar a estos datos los de la revista *Nuevo Hombre*, dirigida por cuadros políticos del PRT, que entre agosto de 1972 y noviembre de 1975 tuvo una tirada promedio de 30.000 ejemplares y los del diario *El Mundo* (segunda época), cuya tirada promedio alcanzó los 100.000 ejemplares. Su clausura definitiva tuvo lugar en marzo de 1974.

crecimiento interno y de su gravitación en el escenario político nacional ni la contundencia irrefutable de su derrota.

Si nos remontamos a los orígenes de la organización en 1965 nos encontramos con dos pequeñas organizaciones de escasa influencia político-social (influencia por lo demás muy limitada geográficamente) y que no alcanzaban los 300 integrantes. Aún cinco años después, en momentos en que la movilización de masas comenzaba a evidenciar un proceso contestatario sin precedentes, encontramos que fueron alrededor de 30 delegados en representación de un total de 200 o 250 militantes en todo el país quienes en el congreso partidario aprobaron la fundación del ERP.

Hacia 1975, el panorama pareciera haber sido otro: María Seoane estimó que, hacia ese año, el PRT-ERP contaba con 600 militantes, 2000 simpatizantes activos y un área de influencia de más 20.000 adherentes⁶. Por su parte, Pablo Pozzi ha ofrecido, para el mismo año (que considera como el de punto máximo del desarrollo partidario) la cifra de entre 5000 y 6000 militantes y aspirantes⁷. También para la misma fecha, había logrado alcanzar una presencia orgánica en prácticamente todas las ciudades del país y, más importante aún desde sus propios objetivos, constataba un crecimiento aún pobre pero sostenido entre los trabajadores industriales⁸.

Paradójicamente, 1975 es también el año que marca el comienzo del fin, de un fin tan vertiginoso como definitivo y del que ciertas determinaciones partidarias no fueron del todo ajenas. El recrudecimiento del accionar represivo legal e ilegal asestaba golpes cada vez más duros a la organización. Mientras la militancia perretista se encontraba cada vez más asediada en las ciudades —con el consecuente saldo de muertos, prisioneros y desaparecidos—, en Tucumán, la Compañía de Monte, cercada por las tropas del Operativo Independencia, comenzaba su errático sangrado de desventuras. Y al tiempo que el PRT-ERP anunciaba con certera clarividencia que aquello era el preanuncio de una represión sanguinaria sin precedentes, emprendía la acción armada de mayor envergadura

⁶ Seoane (1992:242).

⁷ Pozzi (2002:23).

⁸ No contamos con datos certeros para medir numéricamente este crecimiento en la clase obrera industrial. Hacia agosto de 1974 Santucho se lamentaba de que “la penetración orgánica en el proletariado fabril [...] alcanza a sólo a un 30 por ciento de obreros fabriles” (*El Combatiente*, 23 de agosto de 1974) Por su parte Pablo Pozzi estima cercano al 45% el porcentaje de obreros fabriles y rurales en las filas perretistas. Lo que parece acertado suponer, en todo caso, es que a lo largo del período el PRT-ERP vio aumentar el número de sus militantes en cuerpos de delegados y comisiones internas así como su capacidad de incidencia y movilización entre los trabajadores.

hasta entonces: el ataque al cuartel de Monte Chingolo, en diciembre de 1975. El frustrado ataque dejó un saldo de más de 80 guerrilleros muertos o desaparecidos (no sólo por los muertos en combate sino también por la seguidilla de “caídas” producto de la infiltración que lo precedió y en la que la organización perdió importantes cuadros).

Tres meses después, el 24 de marzo de 1976, las Fuerzas Armadas encabezaban el último golpe de Estado de la historia argentina. Mientras ese miércoles amplios sectores de la población escuchaban con inmenso alivio el primer comunicado de la Junta Militar, Santucho escribía la editorial de *El Combatiente* desde cuya tapa alentaba “¡ARGENTINOS A LAS ARMAS!”⁹. Una semana más tarde, la última reunión del Comité Central partidario era sorprendida por las fuerzas policiales y una docena de cuadros perdían allí la vida. Finalmente, la misma suerte correrían los más destacados miembros de la dirección partidaria (Mario Roberto Santucho, Domingo Menna y Benito Urteaga) el 19 de julio de 1976. Y aún entonces, el objetivo primordial de la organización siguió siendo “el entrenamiento de oficiales combatientes”¹⁰.

Lo que siguió fue la historia de una agonía. El momento de las re-consideraciones políticas y las “autocríticas” comenzaría varios meses después y adquiriría como epílogo, en un par de años, la disgregación partidaria. Algunos militantes continuarían su epopeya armada en otras tierras¹¹; otros, asumirían la responsabilidad de intentar un balance que permitiera explicar la propia derrota¹². Finalmente, algunos más, en una rectificación significativa de sus propios posicionamientos políticos, se orientarían hacia las prácticas de denuncia impulsadas por el movimiento de derechos humanos. Pero para ese entonces, la suerte de miles de hombres y mujeres que habían abrazado la certeza de que “en toda revolución se triunfa o se muere cuando es verdadera”, estaba trágicamente sellada.

⁹ *El Combatiente* N° 210 (31/03/76).

¹⁰ Mattini (1996).

¹¹ Tal es el caso del grupo liderado por Enrique Gorriarán Merlo que participó con éxito del asalto final sandinista contra el gobierno dictatorial de Somoza en Nicaragua (julio de 1979) e inmediatamente se integró a la construcción del nuevo poder revolucionario en dicho país. Fueron también integrantes de este mismo grupo (entre ellos Enrique Gorriarán Merlo y Santiago Irurzún) quienes en septiembre de 1980 “ajusticiaron” en Paraguay al ex dictador nicaragüense que tras su derrocamiento había sido asilado en ese país. Finalmente, es este grupo quien en 1986 fundó el Movimiento Todos por la Patria (MTP) que tres años más tarde protagonizaría el trágico asalto al cuartel de La Tablada.

¹² Tal es el caso, por ejemplo, de Luis Mattini, sobreviviente de la dirección partidaria y último Secretario General del PRT-ERP.

2. Miradas retrospectivas

Tras la derrota, los balances de distintos dirigentes y militantes dieron lugar –con algunas excepciones y matices– a un conjunto bastante homogéneo de críticas de lo que había sido la actuación del PRT-ERP. Estas críticas, hoy bastante extendidas en el campo de los estudios sobre el pasado reciente, se concentran, fundamentalmente, en determinados posicionamientos políticos, evaluaciones y prácticas de la organización que estarían evidenciando un “proceso de militarización”. La determinación de continuar la lucha armada durante el gobierno de Héctor Cámpora y la intensificación del accionar militar, fundamentalmente a partir de 1974, serían tan sólo los ejemplos más destacados de aquel proceso. En añadidura, la “militarización” –junto a la incapacidad partidaria para prever el “reflujo de masas” que tuviera lugar tras las movilizaciones de julio de 1975– estaría en la base de un progresivo “aislamiento” político de la organización, aislamiento éste que no podía sino contribuir a la propia derrota de los revolucionarios. Una suerte de “subestimación del enemigo”, conjugada con la ferocidad criminal e inesperada de las fuerzas represivas, habrían hecho el resto.

Ahora bien ¿a qué se debió ese “proceso de militarización”? ¿Cuáles fueron sus causas? La mayoría de las intervenciones que han abordado la experiencia perretista centran las respuestas en la dimensión de los sujetos: en sus interpretaciones desacertadas o “insuficientes” (de la realidad nacional o de la teoría marxista, por ejemplo) en su escasa experiencia política, en su pobre formación teórica, en su aplicación y/o réplica “esquemática” de conceptos y experiencias históricas lejanas en tiempo y espacio.

Este artículo parte de la premisa contraria: el emprendimiento de acciones militares de envergadura creciente, la regularización de fuerzas (1974), la apertura de un frente rural, no fueron determinaciones que “desviaron” a la organización de lineamientos teóricos que postulaban un rumbo distinto. Representan, en todo caso, tanto la concreción de las formulaciones ideológicas que nutrieron la historia partidaria como sus implicancias simbólicas y subjetivas. Dicho en otras palabras, aquellos hombres se lanzaron a la escena de la revolución *precisamente* con aquello que portaban: un conglomerado de formulaciones ideológicas que no podía sino cristalizar en fórmula explosiva articulado con un puñado de mandatos morales definitivamente irrenunciables en tanto hacían al propio *ser* revolucionario.

De ahí, que el análisis de la línea política y la práctica partidarias –entendiendo que éstas fueron tanto parte del proceso de construcción identitaria de

la organización como, al mismo tiempo, su resultante— exige prestar particular atención a la caracterización del proceso revolucionario que hiciera el PRT-ERP: esto es, a aquella noción que dio forma y tiempos a la revolución en el imaginario perretista, determinando sus características y orientando en consecuencia el accionar partidario.

Fue un texto de Roberto Pittaluga, titulado “Por qué el ERP no dejará de combatir”¹³ la primera intervención en señalar la importancia definitoria de esta caracterización del proceso revolucionario que hiciera el PRT-ERP.

En líneas generales puede decirse que lo que analiza allí Pittaluga es el proceso por el cual se configuró en el imaginario perretista una concepción de la revolución como “guerra revolucionaria”.

Señala el autor que en las representaciones del FRIP puede identificarse un difuso componente insurreccionalista. Tomando un texto emblemático de esa organización, escrito por Mario R. Santucho en 1964 (“El proletariado azucarero tucumano, detonante de la revolución”), advierte:

“Si lo que se precisaba era el detonante, era porque se presuponía un ‘combustible’ ya acumulado: la revolución era pensada así como explosión revolucionaria, como insurrección generalizada”.

Ese imaginario, por su parte, guardaba estrechas similitudes con el que habitaba la organización morenista Palabra Obrera: la huelga general revolucionaria, era la forma predominante a través de la cual se proyectaba la escena de la revolución.

Ahora bien, esta concepción de la revolución, advierte Pittaluga, no podía sino ser conmovida por las experiencias cubana, china y vietnamita. Así, en el caso particular del PRT el autor señala un proceso de reconfiguración de las concepciones de la revolución que si comenzó con la recepción de aquellas experiencias terminó por desplazar las perspectivas insurreccionalistas en favor de una nueva noción de revolución como guerra.

Partiendo de estos aportes el presente artículo intenta, en primer lugar, ofrecer algunas precisiones en torno a las figuras de la insurrección y de la guerra revolucionaria, por ser las principales figuras a las que explícitamente apeló el PRT-ERP a lo largo de su historia. En segundo lugar, se propone ampliar el

¹³ Pittaluga (2001).

análisis de la presencia de componentes propios de cada una de ellas en el ideario perretista. Finalmente, atendiendo a la dimensión de la construcción de la subjetividad partidaria se adentra en el conjunto de palabras, símbolos y mandatos derivados de la caracterización de la revolución como guerra.

3. Insurrección y guerra en la tradición revolucionaria

Tras el triunfo de la revolución rusa, fue el modelo insurreccional de la toma del poder por parte del proletariado industrial aquel que más ampliamente se extendiera por el mundo de las izquierdas. Este modelo combinaba la sublevación de masas con la acción organizadora y guía del partido de cuadros. El acontecimiento que daba forma al inicio de la sublevación era la huelga general revolucionaria.

El esquema de acción delineado por Lenin y retomado por el programa del VI Congreso de la Internacional Comunista (celebrado en Moscú a mediados de 1928) establecía que ante una situación revolucionaria, cuando las masas están en estado de fermentación, la acción del partido debía centrarse en el lanzamiento de consignas cada vez más enérgicas y, paralelamente, en la organización de acciones de masas (asimiladas éstas, generalmente, a las huelgas). El punto culminante de dicha combinación era la huelga general de concierto con la insurrección armada contra el poder de la burguesía.

Al perseguir la destrucción del aparato gubernamental y la toma del poder, el modelo insurreccional apelaba, necesariamente, a lucha armada, es decir, exigía un plan militar. Sin embargo, tanto Lenin como aquellos dedicados a sistematizar la teoría insurreccionalista, procuraron diferenciar esta estrategia del blanquismo¹⁴

¹⁴ El blanquismo es una doctrina revolucionaria que debe su nacimiento al comunista revolucionario francés Augusto Blanqui (1805-1881). Sustentada en la confianza del papel creador de la violencia, la táctica blanquista consistía en hacerse en el momento propicio del poder por medio de una organización armada, secreta, fuertemente organizada y centralizada. La representación de la revolución en el blanquismo se asimilaba, entonces, a un complot militar. Si bien el leninismo heredaría de aquella corriente el postulado de la necesidad de una organización preparadora y conductora del proceso revolucionario centraría el blanco de sus críticas en la desconsideración de Blanqui respecto de la imprescindibilidad de condiciones objetivas y subjetivas sin las cuales toda insurrección se vería frustrada. En palabras de Lenin: "Para poder triunfar, la insurrección debe apoyarse no en una conjuración, no en un partido, sino en la clase más avanzada. Esto en primer lugar. La insurrección debe apoyarse en el *auge revolucionario del pueblo*. Esto en segundo lugar. La insurrección debe apoyarse en aquel momento de viraje en la historia de la revolución ascensional en que la actividad de la vanguardia del pueblo sea mayor, en que mayores sean las vacilaciones en las filas de los enemigos y en las filas de los amigos débiles, a medias, indecisos, de la revolución. Esto en tercer lugar. Estas tres condiciones, previas al planteamiento del problema de la insurrección, son las que precisamente diferencian

enfaticando la obligada supeditación y circunscripción del accionar armado al contexto del auge de masas. Citando a Lenin, en *La insurrección armada* de A. Neuberg¹⁵, se advertía que:

“Para ser coronada por el éxito la insurrección debe apoyarse no en un complot, ni en un partido, sino en la clase avanzada [...] La insurrección debe apoyarse en el empuje revolucionario del pueblo [...] debe estallar en el apogeo de la revolución ascendente [...] cuando son más fuertes las vacilaciones de los enemigos”¹⁶.

Y, más adelante, concluía:

“La insurrección en el sentido amplio de la palabra no es, naturalmente, una operación puramente militar [...] es un poderoso movimiento revolucionario, un poderoso impulso de las masas proletarias contra las clases dominantes [...] Es una lucha activa y resuelta de la mayoría activa en el momento decisivo. Las operaciones militares de la organización de combate deben coincidir con el apogeo del movimiento del proletariado”¹⁷.

En cuanto a la organización de las fuerzas militares del proletariado, *La insurrección armada* aconsejaba la conformación de la “guardia roja” [entendida ésta como pequeños grupos organizados a nivel de fábrica] “por todas partes a la vez” en la situación inmediatamente revolucionaria, postergando la formación de unidades más grandes para el momento posterior a la toma del poder. Se explicaba, a continuación, que las características específicas de las operaciones que lleva consigo la insurrección difieren sensiblemente de la de los ejércitos regulares:

“En primer lugar, no hay una línea de frente determinada entre los beligerantes [...] Amigos y enemigos no están separados territorialmente

el marxismo del blanquismo” (Lenin, 1917).

¹⁵ Neuberg A. fue el nombre ficticio con que se publicó *La Insurrección armada*, obra conjunta del Estado Mayor del Ejército Rojo y la KOMINTERN, cuya primera edición data de 1928. Esta obra fue publicada en diversos idiomas, principalmente en Europa durante los primeros años de la década de 1930. En Argentina fue publicada por la Ed La Rosa Blindada en 1972. Emilio Jáuregui, asesinado en junio de 1969 en Buenos Aires, fue el responsable de la corrección. La edición local de 1972 se basó en la primera edición española, aparecida en Madrid en 1932, bajo el sello de la Editorial Roja.

¹⁶ Neuberg (1972).

¹⁷ Neuberg (1972: 65).

[...] En segundo lugar [...] el proletariado no poseerá aún un verdadero Ejército rojo regular, organizado y equipado”¹⁸.

Se entendía que la construcción de una fuerza militar equiparable o superior a la de las fuerzas armadas enemigas tendría lugar *en el transcurso de la insurrección*, ya que

“La misma situación de proletariado como fuerza atacante, la situación política general, favorable a la insurrección [...] favorecen objetivamente la obtención de esta superioridad”¹⁹.

Es necesario apuntar que la planificación de la insurrección —pensada en el esquema leninista como un *arte*²⁰— no podía menos que implicar la “preparación” militar de cuadros en el seno del partido. A tal fin, éste debía contar con un Comité Militar Revolucionario (cuya función y responsabilidad principal fuese el adiestramiento de cuadros, la planificación de las acciones militares y el abastecimientos de recursos materiales). Lo importante a destacar aquí, en todo caso, es que en el modelo insurreccionalista la actuación efectiva de las fuerzas militares se inscribían en el contexto de una situación revolucionaria, entendida ésta como un período de “auge de masas”, de ciclo de sublevaciones parciales pero ascendentes en su radicalidad y desafío político y que implicaba, por lo demás, la desorganización y debilitamiento de las fuerzas enemigas. Es decir, a diferencia de otros modelos como el foquismo o la guerra popular prolongada, la lucha armada se circunscribía a la etapa final de la confrontación entre clases. Era, de alguna manera, expresión y consecuencia, a la vez, del momento en que dicha confrontación, por su agudeza “se transforma en guerra civil abierta”²¹. Dicho en otras palabras, la guerra civil revolucionaria, desde la perspectiva leninista, remitía a ese período de enfrentamiento final entre “dos partes del pueblo”; escena emergente a partir del movimiento insurreccional. La lucha armada no era, entonces (como lo sería en otras expresiones de la voluntad revolucionaria); ni la usina que alimentaba el proceso revolucionario, ni la principal forma de lucha hacia la toma del poder. Era la modalidad final e imprescindible que acompañaba

¹⁸ Neuberg (1972: 200).

¹⁹ Neuberg (1972:200).

²⁰ Lenin (1917).

²¹ Lenin (1906).

el alzamiento de las masas, pero supeditada a los otros “procedimientos esenciales [...]”: la influencia educadora y organizadora del socialismo”²².

Por último, y partiendo de las experiencias de las insurrecciones europeas de principios del siglo XX, el planteo insurreccionalista preveía que el desarrollo de la “guerra civil” tendría lugar principalmente en las ciudades (donde se concentraba el proletariado industrial) para luego expandirse territorialmente, a partir de la consolidación del poder proletario en los principales centros políticos y económicos, hacia el campo.

Las experiencias de las revoluciones china, cubana y vietnamita habrían de ofrecer a las izquierdas, especialmente aquellas de los países del Tercer Mundo, nuevos modelos estratégicos para la toma del poder.

En el caso de las revoluciones asiáticas, una estructura económico-social signada por la presencia de una población abrumadoramente campesina, sometida en gran medida a relaciones de dominación caracterizadas como “feudales” o “semifeudales”, y el combate contra un enemigo colonialista o invasor determinaron en estas experiencias la conjunción entre *guerra de liberación* y *guerra revolucionaria*. Esta conjunción no podía menos que implicar una estrategia alternativa a la insurreccional; y esa estrategia recibiría el nombre de *guerra popular prolongada*.

Así lo explicaba el General Vo Nguyen Giap, conductor de las fuerzas de liberación vietnamitas:

“la guerra de liberación del pueblo vietnamita para poder crear condiciones de victoria, debía ser *una guerra de prolongada resistencia especialmente difícil*. Toda concepción nacida de la impaciencia que pretendiese una victoria rápida hubiera sido un grave error. Había que aplicar resueltamente la estrategia de la resistencia prolongada [...] preservar y aumentar poco a poco nuestras fuerzas, hostigando y destruyendo progresivamente las del enemigo. Era preciso acumular millares de pequeños éxitos para llegar a una gran victoria. A este precio podíamos modificar paso a paso la correlación de fuerzas, pasar de la inferioridad inicial a la superioridad y obtener la victoria final. Muy pronto nuestro partido supo caracterizar esta guerra: guerra del pueblo y guerra prolongada”²³.

²² Lenin (1906).

²³ Vo Nguyen (1971).

Una de las características fundamentales de la guerra popular prolongada era que, en tanto suponía la confrontación bélica con un enemigo técnicamente superior, su propio desarrollo implicaba la construcción de una fuerza militar que iría “de lo pequeño a lo grande, de lo débil a lo fuerte” a través “de mil batallas tácticas”, como advertían la máximas del líder chino, Mao Tsé Tung.

El crecimiento del “Ejército del Pueblo” estaba necesariamente ligado a la consolidación (por sinuosa y zizgueante que ésta fuera) del control territorial, cuyo sentido iba del campo hacia la ciudad, momento crucial éste en el cual, recién entonces, tendría lugar el llamado a la insurrección general.

En resumidas cuentas, la “guerra del pueblo” no era más que la vía o la forma para una paulatina “acumulación de fuerzas” políticas y militares (identificadas con “la nación” y “el pueblo” simultáneamente) hasta acusar una clara superioridad de fuerzas respecto del enemigo. La figura de la guerra no evidenciaba, como en el modelo insurreccionalista, la etapa culminante de la situación revolucionaria signada por el auge de masas; sino que era su propio motor, y el Ejército –aunque bajo la dirección del partido– su gran protagonista.

El crecimiento “de lo pequeño a lo grande” tenía un claro correlato en las modalidades del enfrentamiento bélico. La “guerra del pueblo” atravesaba necesariamente varias etapas que expresaban tácticas de combate específicas acorde con la “correlación de fuerzas”. Comenzaba bajo la forma de guerra de guerrillas para transformarse gradualmente en una guerra de movimientos (forma de combate en que comienzan a evidenciarse principios de la guerra regular) que en su etapa final se combinaba parcialmente con la guerra de posiciones.

La sucesión de estas etapas exigía la transformación del “Ejército del Pueblo” en un verdadero ejército regular. Nuevamente en palabras del general Giap:

“Importa proseguir, activa y firmemente, sobre la base de un fortalecimiento continuo de la conciencia política, la transformación progresiva del Ejército popular en un ejército regular y moderno [...]. Para elevar la capacidad combativa del ejército, para lograr una fuerte centralización del mando y una coordinación estrecha entre las diferentes armas, es indispensable poner en vigor *reglamentos propios de un ejército regular*”²⁴.

²⁴ Vo Nguyen (1971:78).

En el transcurso de su crecimiento –y como condición del mismo– el “Ejército Popular” incorporaba a sus filas la población de los territorios que funcionaban como “teatro de operaciones”. Esta incorporación se materializaba en la construcción y consolidación de una base de apoyo local que favorecía tanto la subsistencia del ejército como el refuerzo de su capacidad operativa. En definitiva, era esta base de apoyo lo que permitiría al “Ejército del Pueblo”, en palabras de Mao Tse Tung, “moverse como pez en el agua”.

Ahora bien, a diferencia de un ejército regular moderno identificado con un Estado-Nación, el “Ejército del Pueblo” no sólo se erigía como representante de una nación ocupada sino que también, y fundamentalmente, como ejecutor de las tareas revolucionarias emanadas del “interés de clase”. De ahí, de su carácter eminentemente político, la estipulada supeditación del ejército al partido, supeditación cristalizada en la célebre fórmula “la política manda al fusil”. Pero en tanto la revolución asumía la forma de una guerra prolongada motorizada por el Ejército y en tanto las masas campesinas se incorporaban a él a partir de su expansión territorial, el Ejército “forjado en la línea política del partido” debía necesariamente llevar a cabo “un perseverante trabajo político sobre sus hombres”²⁵, erigiéndose, en consecuencia, en el educador político de las masas.

“La dirección del Partido es la clave que garantiza al ejército las condiciones que le permitirán mantener su carácter de clase y realizar su tarea revolucionaria. Para el Ejército es fundamental. Debe realizarse en el terreno político: llevar la línea y la política del Partido al ejército a fin de hacer de éste el instrumento fiel del Partido en la realización de las tareas revolucionarias. Debe realizarse en el plano ideológico: inculcar al ejército la ideología de la clase obrera, el marxismo-leninismo, hacer de la ideología marxista leninista la guía de nuestro ejército en todas sus acciones y su único pensamiento directriz”.

Para las organizaciones revolucionarias de distintas partes del mundo la apelación al modelo insurreccionalista de la toma del poder o al de la guerra popular prolongada (por mencionar sólo estos dos modelos)²⁶ no podía menos que conllevar sensibles diferencias tanto en lo relativo a definiciones político-

²⁵ Vo Nguyen (1971:48).

²⁶ Volveremos sobre las formas de articulación entre el modelo de *guerra popular prolongada* y el *foquismo* más adelante.

organizativas, como en lo referente al establecimiento de sus estrategias políticas y militares, y, finalmente, respecto de aquellas implicancias que, desde la dimensión de lo simbólico, delinearon las subjetividades partidarias.

Es de suponer que la apelación a una u otra estrategia estuvo determinada en cada caso por las condiciones sociales, económicas, demográficas y políticas de cada país en donde aquellas organizaciones se plantearan la disputa del poder; o, al menos, de la caracterización o lectura que de dichas condiciones realizaran los revolucionarios.

No sería en vano señalar, sin embargo, que, probablemente, en la definición de algunas estrategias operaran ciertas certezas y voluntades previas que, descansando bajo la nómina de las “aplicaciones creadoras”, impulsaran la adopción de una u otra aún cuando las condiciones históricas particulares no resultaran asimilables a aquellas que habían dado origen al modelo adoptado.

A continuación, se explorará la presencia de una y otra estrategia en la historia del PRT-ERP.

4. Insurrección y guerra en el PRT

El FRIP, caracterizaba a la Argentina como un país “semicolonial” y “seudoindustrializado”. La seudoindustrialización, se entendía, había acentuado “desniveles regionales”: los “islotos industriales” de Buenos Aires y el Litoral coexistían con formas de explotación colonial o semicolonial en las industrias primarias del Interior. El capitalismo argentino, en su desarrollo desigual y dependiente, había conformado un numeroso proletariado rural que, sometido a formas extremas de explotación, había alcanzado, en los primeros años de la década de 1960 y especialmente en los ingenios azucareros, “el método más avanzado de combate espontáneo de la clase obrera argentina: la ocupación de fábricas”²⁷

El abrumador componente *proletario* de la estructura económico-social argentina, no podía menos que orientar la mirada del FRIP hacia el modelo insurreccional. La insistente advertencia de la necesidad de una organización de vanguardia que trabaje en el terreno sindical e indique “una estrategia revo-

²⁷ *Norte Argentino*: “El proletariado rural detonante de la revolución argentina. Tesis Políticas del FRIP”, 1964 (Tesis VI: “El proletariado rural, con su vanguardia, el proletariado azucarero, es el detonante de la revolución Argentina”).

lucionaria llevando a la clase obrera a una abierta lucha contra el régimen”²⁸ da cuenta de la apelación a la táctica insurreccionalista. Al mismo tiempo, el factor de los “desniveles regionales” obligaba a la organización revolucionaria a buscar nuevos ajustes para aquel modelo.

“La existencia en el país de zonas económicas netamente diferenciadas, origina distintas relaciones de producción [...]. Estos desniveles regionales plantean a la vanguardia problemas tácticos, programáticos y formas de trabajo político que deben medirse cuidadosamente para el posterior planteo de la táctica insurreccional”²⁹.

A los ojos del FRIP era la escena de un proletariado *rural* combativo en contraste con un proletariado urbano sometido a estructuras sindicales burocráticas aquello que finalmente impondría particularidad al caso argentino. La Tesis IV (“La burocracia sindical centralizada en Buenos Aires es el principal obstáculo para el desarrollo del proletariado y debe enfrentársela sobre la base del movimiento obrero del interior”) afirmaba que la existencia de sectores privilegiados en el seno de la clase obrera, concentrados en los grandes núcleos industriales habían favorecido la consolidación de un poderoso aparato burocrático. En añadidura [recordemos que este documento es anterior a la fusión del FRIP con Palabra Obrera],

“la inexistencia de un partido revolucionario capaz de someter la lucha económica a una lucha política revolucionaria, capaz de llevar al proletariado a superar las limitaciones de las reivindicaciones puramente económicas, también ha favorecido el fortalecimiento de la burocracia”³⁰.

En consecuencia, si en tradición insurreccionalista era el proletariado industrial urbano el actor que, asumido en “clase para sí”, conduciría los destinos de la revolución, en la “adaptación” que de aquella hiciera el FRIP, atendiendo a las particularidades del caso argentino, el “detonante” de esa revolución sería el “proletariado rural con su vanguardia, el proletariado azucarero”³¹ (Tesis VI).

²⁸ *Norte Argentino*, (Tesis VI).

²⁹ *Norte Argentino*, (Tesis V: “En la República Argentina el eslabón más débil de la cadena es el Norte Argentino”).

³⁰ *Norte Argentino*, (Tesis IV).

³¹ *Norte Argentino*, (Tesis VI).

Por su parte, Palabra Obrera, fiel a la tradición trotskista, encontraba en la revolución de octubre el modelo a seguir y, por tanto, sostenía una estrategia insurreccionalista “clásica”. De ahí, que hubiera concentrado sus esfuerzos militantes en el trabajo sindical —especialmente en el ámbito de los obreros industriales de Buenos Aires— a través de diversas tácticas que iban de la propaganda política al *entrismo*³². En el imaginario morenista, el accionar político de la vanguardia sobre el proletariado industrial y sus sindicatos permitiría que la agudización de la crisis económica desembocara en crisis revolucionaria y se produjera entonces la huelga general que derribaría el poder de la burguesía.

Interesa señalar aquí que, aunque no contemos con evidencias suficientes para afirmar que la tensión entre la definición por una vanguardia revolucionaria conformada por el proletariado azucarero del Norte o por un proletariado industrial concentrado en Buenos Aires y el Litoral se disipara completamente tras la unificación FRIP-PO, lo cierto es, en todo caso, que la figura de una revolución proletaria por vía insurreccional fue uno de los elementos que conformaron el mapa de los acuerdos. Es probable también que la expectativa de “sumar” las influencias de una y otra organización en ambas regiones haya contribuido a debilitar aquella tensión.

Los motivos de la ruptura de 1968 entre ambas vertientes implicaban, necesariamente, un abandono de la estrategia insurreccionalista por parte de la corriente liderada por Santucho. En efecto, ese mismo año, en el famoso “Libro Rojo”, escrito con vistas a la celebración del IV Congreso partidario al que la corriente de Moreno finalmente no asistió, se hacía una explícita desestimación de aquella estrategia³³. Bajo el título “¿Tenía nuestro Partido una estrategia de poder?” el capítulo 2 del texto estaba dedicado casi en su totalidad a cuestionar

³² La táctica entrista significaba el ingreso de los militantes trotskistas a las agrupaciones gremiales peronistas con el fin de incidir u orientar en sus posicionamientos políticos.

³³ El apodado “Libro Rojo”, se titulaba, en realidad, *El único camino hacia el poder obrero y el socialismo*. El texto fue escrito en el contexto de la ruptura liderada por Nahuel Moreno, motivada principalmente en la negativa de este grupo de iniciar la lucha armada. De ahí que la corriente santuchista plasmara en el propio título del libro su propia determinación de organizar en lo inmediato la actividad militar. Según advierte Helios Prieto, integrante por aquel entonces de la dirección partidaria, este documento “fue el resultado de una larga negociación que se produjo, muchas veces a los gritos, entre Santucho y yo, en un departamento que compartíamos en calle Lavalleja con Corrientes, entre noviembre de 1967 y febrero de 1968 [...]. Las tormentosas discusiones que sostuvimos Santucho y yo durante todos esos meses dieron como resultado que yo redactara un documento en el cual, para mantener unido el frente anti-Moreno, hice muchas concesiones a Santucho” (Helios Prieto: Correo privado a Horacio Tarcus, Barcelona 22 de julio de 2008). Volveremos sobre este punto más adelante.

la posición insurreccionalista sostenida aún por Moreno y que, ahora, se consideraba “espontaneísta”

“El método que ‘preconizábamos’ para disputar y tomar el poder era la huelga general insurreccional [...]. Esta ‘preconización’ de la huelga general insurreccional, es el canto más alto que se ha entonado al espontaneísmo en la historia del marxismo”³⁴.

Y más adelante, dictaminaba:

“Nuestro Partido ha carecido hasta la fecha de una estrategia de poder correcta. Hemos venido sustentando la errónea concepción de que el poder se lo tomará por una insurrección urbana espontánea en cuyo curso tomaríamos la dirección del movimiento de masas, el proletariado se armaría y en un período relativamente corto accederíamos al poder. Nuestro Partido debe autocriticarse de tal concepción espontaneísta...”³⁵.

Una “estrategia de poder correcta”, se explicaba, no podía tener como referencia histórica la experiencia de la revolución rusa. Y esto porque aquella experiencia había tenido una característica específica que había posibilitado el triunfo de la insurrección: el ejército zarista estaba combatiendo en el frente en una “guerra injusta” y se encontraba, por tanto “en plena descomposición”. En contraste, decenas de otras insurrecciones urbanas habían sido aplastadas

“debido a la debilidad relativa de la población insurreccionada, frente a un sólido ejército burgués o frente a la intervención imperialista”³⁶.

La experiencia soviética, advertía el PRT, no se repetiría, no al menos en una América Latina dominada por un imperio que había aprendido rápidamente la lección de la revolución cubana y no se dejaría sorprender por segunda vez. Y la intervención militar de los EEUU en Santo Domingo, se recordaba, estaba allí para demostrarlo.

³⁴ De Santis (2004).

³⁵ De Santis (2004:181).

³⁶ De Santis (2004:175).

En añadidura,

“los revolucionarios no podemos contar ya con las guerras inter-imperialistas como importante factor para la victoria de la revolución que tanto favoreciera a las revoluciones rusa, china y de Europa Oriental”³⁷.

Sin un enemigo “en plena descomposición” y ante la evidencia histórica de decenas de insurrecciones urbanas sofocadas “debido a la debilidad de la población insurreccionada”, lo que urgía, entonces, como tarea imprescindible e impostergable para los revolucionarios perretistas era precisamente la construcción *desde el vamos* de una fuerza militar que, en su gradual crecimiento, fuera capaz de enfrentarse, en primera instancia, al ejército burgués y, eventualmente, a una invasión imperialista.

Desestimada la replicabilidad de la experiencia soviética, la palabra perretista evocará, los “aportes teóricos y programáticos” de las revoluciones triunfantes china y cubana,

“a saber:

- a) que no hay otro camino para la toma del poder que la lucha armada
- b) que la lucha armada no se inicia como corolario de una insurrección popular triunfante, sino que puede comenzar como reacción defensiva de las masas y de su vanguardia, en circunstancias del más pronunciado retroceso
- c) que la construcción del ejército revolucionario, sin el cual es hoy día imposible la toma del poder, es una tarea a realizar en el campo, en zonas sociales y geográficas favorables, yendo de lo pequeño a lo grande, de lo débil a lo fuerte”³⁸.

En resumidas cuentas, para la corriente liderada por Santucho, el inicio en lo inmediato de la lucha armada y la construcción de un ejército revolucionario eran las únicas posibilidades que se abrían para la revolución en Argentina. Y detrás de esa construcción “a realizar en el campo [...] yendo de lo pequeño a lo grande” resonaban los ecos de la *guerra popular prolongada*.

³⁷ De Santis (1998).

³⁸ De Santis (2004:174).

La adopción de una estrategia de poder alternativa a la insurreccional encontraba su fundamentación teórica en el “Libro Rojo”. El capítulo 1 (“El marxismo y la cuestión del poder”) intentaba sistematizar y presentar en forma de aportes acumulativos el pensamiento de los “grandes dirigentes y teóricos del marxismo revolucionario” al respecto. Se presentaba, entonces, un recorrido por algunos escritos de Engels, Lenin, Mao Tse Tung, Trotsky y por otros emanados del castrismo. En ese recorrido, las citas escogidas de Lenin (cuando no las interpretaciones que de ellas hacía el PRT), opacaban las otrora pertinencias de la vía insurreccional, resaltando, en cambio, aquellas nociones que otorgaban al proceso revolucionario el carácter de guerra prolongada.

En efecto, se extraían allí textos del líder ruso (especialmente *La guerra de guerrillas de 1906*) en los que éste aludía al concepto de guerra para referirse no sólo a la experiencia de la revolución rusa sino, también, a otras venideras:

“Es completamente natural e inevitable que la insurrección revista las formas más altas y complicadas de una larga guerra civil extensiva a todo el país, es decir, de una lucha armada entre dos partes del pueblo. Esta guerra no podemos concebirla más que como una larga serie de grandes batallas separadas unas de otras por períodos de tiempo relativamente largos, y una gran cantidad de pequeños encuentros librados a lo largo de esos intervalos”³⁹.

Más aún, se insistía en que Lenin había advertido claramente acerca de la necesidad de postergar el llamado a la insurrección al momento culminante de un largo proceso:

“Podemos decir que los elementos tácticos que Lenin agrega a la concepción clásica (tácticos porque son subordinados a la estrategia de guerra civil prolongada) son los siguientes: a) el ya conocido planteo de la necesidad de un fuerte partido centralizado, clandestino y dirigido por profesionales, b) que la lucha armada se libra en todas las etapas, tanto en las ‘grandes batallas’ como en las épocas de retroceso bajo la forma de ‘una gran cantidad de pequeños encuentros’ y c) la necesidad para la victoria de la revolución, de un ejército revolucionario, organizado a partir

³⁹ De Santis (1998: 101-102).

de la preparación militar del propio partido y la creación de destacamentos armados del proletariado [...] el llamado a la insurrección general sólo debía hacerse cuando hayan ‘madurado las condiciones generales de la revolución’, cuando se ‘hayan revelado en formas definidas el estímulo y la disposición de las masas a la acción’, cuando ‘las circunstancias exteriores (objetivas) hayan desembocado en una crisis evidente’...”⁴⁰.

No es en vano señalar que la selección y lectura de los escritos leninistas parecen haber estado guiados por una convicción y voluntad previa (la pertinencia y necesidad de iniciar la lucha armada en la Argentina). Y si bien es innegable que toda lectura es *activa* e implica un proceso de significación subjetiva, o, dicho en otras palabras, que toda lectura parte de un contexto general y un marco conceptual que determinan la interpretación del texto, no puede dejar de advertirse que la edición de las citas leninistas plasmadas en *El único camino...* incluía omisiones –y agregados– que adulteraban sensiblemente los lineamientos políticos que el texto intentaba ofrecer.

No se trata aquí de postular interpretaciones inequívocas de los escritos leninistas, sino de dar cuenta de la lectura y el uso que de ellos realizaba la dirección partidaria. Resulta entonces oportuno volver sobre el texto de Lenin, *La guerra de guerrillas* y confrontarlo con las citas escogidas por el documento perretista.

La primera omisión fundamental que se advierte en este documento respecto del texto del líder ruso es que, escrito en 1906, se refería a la guerrilla ya desatada a partir de la insurrección de diciembre de 1905. Respondiendo a las acusaciones que asimilaban los actos de guerrilla a la tradición blanquista y anarquista, Lenin enfatizaba:

“la relación de la nueva forma de lucha con la insurrección que estalló en diciembre y que madura de nuevo [...]. La extensión de la lucha de “guerrillas”, precisamente después de diciembre, su relación con la agravación de la crisis no sólo económica, sino también política, son innegables. El viejo terrorismo ruso era obra del intelectual conspirador; ahora, la lucha de guerrillas la mantiene, por regla general, el obrero combatiente o simplemente el obrero sin trabajo [...]. El ejemplo de los letones demuestra perfectamente que el método, tan común entre nosotros, de analizar la

⁴⁰ De Santis (1998:103).

guerra de guerrillas al margen de las condiciones de una insurrección, es incorrecto, anticientífico y antihistórico. Hay que tener en cuenta esta atmósfera insurreccional [...]. La lucha de guerrillas es una forma inevitable de lucha en un momento en que el movimiento de masas ha llegado ya realmente a la insurrección y en que se producen intervalos más o menos considerables entre “grandes batallas” de la guerra civil”⁴¹.

No había en el texto original mención alguna a la idea de que “la lucha armada se libra en todas las etapas”, como afirma *El único camino...*; tampoco se aseveraba que debía impulsarse esta forma de lucha “en las épocas de retroceso bajo la forma de una gran cantidad de pequeños encuentros”. Sí se refería, por cierto, a grandes y pequeñas batallas libradas en forma intermitentemente durante el período de la guerra civil; pero ésta se entendía, precisamente, como la forma de confrontación configurada a partir del contexto insurreccional. Si se restituye el párrafo inmediatamente anterior al que citaba *El único camino...* (aquél correspondiente a la nota 39) se advierten mayores precisiones respecto de aquel contexto:

“Es, pues, completamente natural e inevitable que en una época semejante, en una época de huelgas políticas en escala nacional, la insurrección no puede adoptar la antigua forma de actos aislados, limitados a un lapso de tiempo muy breve y a una zona muy reducida. Es completamente natural e inevitable que la insurrección tome formas más elevadas y complejas de una guerra civil prolongada y que abarca a todo el país, es decir, de una lucha armada entre dos partes del pueblo. Semejante guerra no puede concebirse más que como una serie de pocas grandes batallas, separadas unas de otras por intervalos relativamente considerables y una gran cantidad de pequeños encuentros librados durante estos intervalos”⁴².

En una organización donde la palabra de los referentes históricos del marxismo asumía el valor de *verdad* y guía para la acción, las omisiones y agregados señalados, por deliberados o inadvertidos que hayan sido, venían a ratificar a los ojos de la dirección partidaria la corrección de una determinación previa y, al mismo tiempo, la fundamentaban y legitimaban ante el colectivo partidario.

⁴¹ Lenin (1906).

⁴² Lenin (1906).

Dicho de otro modo, en las palabras editadas de Lenin la corriente santuchista confirmaba, en un contexto de ruptura con el morenismo, aquello que quería demostrar, a saber: que la revolución asumiría la forma de guerra prolongada; que, en consecuencia, las huestes revolucionarias debían prepararse militarmente para esa guerra y que, finalmente –y de eso se trataba– esa preparación exigía la construcción de un ejército revolucionario que se iría templando en el propio transcurso de la guerra.

Bajo el manto de esta certeza no es sorprende la evaluación que el documento realizaba del “aporte” teórico del trotskismo en cuanto a la “cuestión del poder”. Haciendo referencia al escrito de León Trotsky *Nuestro Programa de Transitorio*⁴³ cuestionaba:

“Nuestro Programa Transitorio yerra en la apreciación de cuáles son las formas de lucha adecuadas y las etapas futuras de la revolución. Es decir: subestima el papel del campesinado, ignora el papel de la guerra de guerrillas como método de construcción del ejército revolucionario en el campo, y no plantea el carácter de guerra revolucionaria civil –de carácter prolongado– que tendría la revolución en los países agrarios, coloniales y semicoloniales”⁴⁴.

En contraste, se destacaba del trotskismo el hecho de haber desarrollado “del modo más perfecto” las tareas transitorias del proletariado entre las que se encontraba “la creación de destacamentos armados y milicias obreras, como embriones del futuro ejército proletario”⁴⁵.

Si aquello que había quedado irresuelto en los textos de los líderes de la revolución de octubre se vinculaba con la construcción del ejército “en el campo” y el papel destacado del campesinado en la estrategia de poder, la mirada perretista debía volverse, necesariamente, sobre otras experiencias y teorías en las que aquellas dos deudas se encontraran exitosamente saldadas.

De ahí que, a continuación, *El único camino...* evocara algunas enseñanzas del teórico por excelencia de la guerra revolucionaria: Mao Tsé Tung. Del conjunto de esas enseñanzas interesa destacar la siguiente: el partido y el ejército rojo deben aprovechar la vastedad del territorio chino y establecer “bases” en los territorios

⁴³ Probablemente se trate de *Programa de Transición: la agonía del capitalismo y la IV Internacional* (1938).

⁴⁴ De Santis (1998: 105).

⁴⁵ De Santis (1998: 105).

más alejados, menos accesibles para el enemigo y desde allí organizar el poder revolucionario. La escena final de este proceso era el ejército campesino (o popular) rodeando las ciudades y tomándolas “llamando a la insurrección”⁴⁶.

“Mao y el maoísmo continuaron desarrollando el marxismo-leninismo, creadoramente, con la teoría de la guerra revolucionaria popular, de la necesidad de un ejército revolucionario para derrotar al ejército contrarrevolucionario [...] en un proceso prolongado, donde las fuerzas revolucionarias parten de lo pequeño hacia lo grande, de lo débil hacia lo fuerte, mientras la fuerzas contrarrevolucionarias van de lo grande a lo pequeño, de lo fuerte a lo débil y donde se produce el salto cualitativo de la insurrección general, cuando las fuerzas revolucionarias han pasado a ser más fuertes”⁴⁷.

El modelo insurreccional de la toma del poder y el de la guerra popular prolongada habían surgido de experiencias históricas sensiblemente dispares. El grado de desarrollo del capitalismo, la preeminencia de un proletariado industrial urbano en un caso o del campesinado en otro, la existencia de un ejército burgués “en descomposición” o el enfrentamiento a un poderoso enemigo invasor, habían determinado el establecimiento de una u otra estrategia. Más aún, éstas se habían pensado como alternativas, siendo las condiciones particulares de cada país las que, en definitiva, determinarían la pertinencia de una u otra.

Sin embargo, ya sea porque tras la ruptura de 1968 una importante cantidad de cuadros que provenían del morenismo se alinearon con Santucho, ya sea porque resultaba innegable que las características estructurales de la Argentina configuraban la existencia de un numeroso proletariado industrial urbano (exigiendo en consecuencia para la organización de vanguardia, un trabajo sistemático sobre sus filas) o quizás por ambas cosas a la vez, lo cierto es que en la definición de la estrategia político-militar del PRT parece haber primado una lógica del *todo suma*.

La tensión mencionada anteriormente –aquella que implicaba una definición entre el proletariado urbano y el proletariado rural del norte como clase conductora del proceso revolucionario– se resolvería por vía de la complementación. Bajo el “pragmatismo” evidenciado en esa complementación es que puede entenderse

⁴⁶ De Santis (1998: 109).

⁴⁷ De Santis (1998: 110).

la queja perretista de que “el maoísmo y el trotskismo se ignoraron mutuamente”, al tiempo que se dictaminaba que

“la tarea teórica principal de los marxistas revolucionarios es fusionar los aportes del trotskismo y el maoísmo en una unidad superior que significará un retorno pleno al leninismo”⁴⁸.

Por su parte, Helios Prieto, aquél que negociara “muchas veces a los gritos” con Santucho el contenido de *El único camino*... sintetiza así los acuerdos políticos implicados en “aquel retorno pleno al leninismo”:

“Acepté la inclusión del apartado titulado MAOISMO [Cáp. 1: ‘El marxismo y la cuestión del poder’], redactado por Santucho [...] bastante alejado de la valoración que yo ya hacía entonces del maoísmo [...]. Quien tenga el estoicismo necesario para leer hoy el documento, si lo hace con atención, podrá ver en él la yuxtaposición de dos concepciones: una foquista aunque disfrazada de maoísmo y otra de ‘partido-obrero-armado’ racionalizada como marxismo-leninismo-trotskismo. El resultado final, tal como ha quedado registrado para la trágica historia de las sectas armadas argentinas, fue un acuerdo político entre ambas partes: Santucho y la regional Tucumán emprenderían la guerrilla rural mientras que yo –y Domec– dirigiríamos ‘el partido armado’ que acompañaría las luchas del movimiento obrero en el resto del país”⁴⁹.

La alusión a una concepción foquista resulta oportuna, no porque el PRT la reivindicara en forma explícita, sino porque remite a la corriente revolucionaria que, tras la revolución cubana, oficiara de referencia para determinar las características particulares que asumirá la guerra revolucionaria en la Argentina y sus etapas, determinando, en consecuencia, las tareas inmediatas de los revolucionarios.

Aquellas características se presentaban como la resultante de un “método de análisis” que la organización emulaba, y que, entendiendo que la “revolución socialista es internacional por su contenido y nacional por su forma”, partía del “estudio” de la situación del capitalismo y de la lucha revolucionaria a escala internacional para culminar en el análisis de las condiciones económicas, políticas

⁴⁸ De Santis (1998: 110).

⁴⁹ Helios Prieto: Correo privado a Horacio Tarcus, Barcelona 22 de julio de 2008.

y subjetivas de la Argentina. Era ese análisis el que le permitía a la organización “establecer las bases de una estrategia de poder” que determinara, en definitiva, la línea partidaria.

El castrismo fue el marco de referencia fundamental de aquel análisis. En primer lugar, dados “los esfuerzos de la dirección cubana por llegar a esa unidad superior”⁵⁰ que permitía a la teoría marxista asimilar e integrar tanto los componentes del trotskismo como los del maoísmo. En segundo lugar, porque al identificar al imperialismo como sistema mundial y última etapa del capitalismo ofrecía la posibilidad de englobar la lucha revolucionaria local en una estrategia regional y continental al tiempo que centraba a los países del Tercer Mundo como el escenario privilegiado de los cambios venideros.

Desde esta perspectiva, la contradicción fundamental para las fuerzas revolucionarias no se situaba —como profesaba el comunismo alineado con la URSS—, entre campo capitalista y campo socialista sino entre el imperialismo y los movimientos de liberación nacional. Esto y la naturaleza mundial de la confrontación sentenciaban la imposibilidad del socialismo “en un solo país” al tiempo que determinaba —en consonancia con la concepción trotskista de la revolución permanente— el simultáneo carácter *socialista y antiimperialista* de la revolución. En su dimensión continental y mundial la estrategia propuesta por el castrismo era, como había alentado el Che Guevara “la creación de dos, tres muchos Vietnam”⁵¹ ya que como ante el avance de procesos revolucionarios era de preverse la intervención militar imperialista “si los focos de guerra se llevan con suficiente destreza política y militar se harán prácticamente imbatibles...”⁵²

Ahora bien, la forma concreta política y militar que asumiría la estrategia continental, debía construirse, se insistía, a partir de las condiciones particulares de cada país y región. No obstante, las enseñanzas del castrismo eran inapelables en un punto: “el principal pilar” de la guerra revolucionaria “está constituido por los ejércitos guerrilleros”⁵³. Y llegados a este punto, a ojos del PRT, la discusión en torno a la relación entre partido y ejército se tornaban —ante la realidad latinoamericana donde se advertía la inexistencia de partidos revolucionarios fuertes— secundaria cuando no llanamente estéril, “tan inútil como la vieja discusión del huevo y la gallina”⁵⁴. En definitiva, la construcción de un partido centralizado

⁵⁰ De Santis (1998: 110).

⁵¹ Guevara (1967).

⁵² De Santis (1998: 112).

⁵³ De Santis (1998: 114).

⁵⁴ De Santis (1998: 116).

de cuadros y la de un ejército revolucionario popular no podían pensarse como tareas diferenciadas y consecutivas. Eran ambas tan urgentes como simultáneas:

“La tarea de construcción del partido y construcción de la fuerza militar para los verdaderos revolucionarios, van indisolublemente ligadas. Donde no existen partidos revolucionarios habrá que crearlos como fuerzas militares desde el comienzo. Donde existen y son débiles, habrá que desarrollarlos pero transformándolos en fuerzas militares de inmediato, para que puedan responder a las exigencias que plantea una estrategia político-militar de poder en esta época. Para responder a esta necesidad es que el castrismo plantea la unidad político-militar de la dirección revolucionaria ya que, en nuestra época la política y el fusil, no pueden ir por separado”⁵⁵.

La larga búsqueda selectiva de *El único camino...* por las diversas tradiciones marxistas debía, finalmente, concluir en la determinación de una estrategia de poder “adecuada” para la Argentina y, en consecuencia, de las tareas partidarias.

Tras un análisis de las condiciones económicas, sociales y políticas del país se arribaba a una serie de conclusiones que, en definitiva, plasmaban las principales nociones rescatadas de aquella búsqueda. Así se sintetizaban:

“1) La revolución argentina es socialista y antiimperialista, es decir, permanente; 2) [...] La clase obrera y el pueblo deberán librar una guerra prolongada para derrotar a la burguesía y al imperialismo e instaurar un gobierno revolucionario, obrero y popular; 3) la revolución es obrera y popular por su contenido de clase, por ser el proletariado industrial su vanguardia y por ser sus aliados la pequeño burguesía urbana en todo el país y el proletariado rural y el campesinado pobre en el norte; 4) dado el carácter de clase y el carácter armado de la revolución éste requiere ser dirigida por un partido y un ejércitos revolucionarios; 5) en su primera etapa la lucha armada será esencialmente guerra civil y se irá transformando paulatinamente en guerra nacional antiimperialista; 6) por varios motivos la guerra tendrá carácter prolongado [...]; 7) [...] la guerra revolucionaria tomará un carácter cada vez más regional y continental [...];

⁵⁵ De Santis (1998: 116).

8) en esta etapa de la revolución mundial y continental para el triunfo de la revolución en Argentina se requerirán un fuerte partido y ejército revolucionario, la incorporación masiva de la clase obrera y el pueblo a la lucha revolucionaria, la extensión continental de la revolución y una crisis total del imperialismo a escala mundial”⁵⁶.

A partir de estas consideraciones las tareas partidarias centrales que establecía el IV Congreso del PRT quedaban determinadas por dos ejes principales y simultáneos, a saber: la preparación de la lucha armada y la consolidación de una línea de agitación y propaganda “de alto nivel político sobre la vanguardia política del movimiento obrero”⁵⁷ que superara la dimensión sindical y “economicista” que, desde la perspectiva de la corriente santuchista, la había caracterizado hasta entonces.

Estos dos ejes prioritarios implicaban, a su vez, la identificación de “lugares fundamentales de trabajo” que concentraran los esfuerzos militantes. Estos lugares serían:

“el proletariado fabril y, en especial, el de las fábricas y ramas industriales de mayor concentración (metalúrgicos, carnes, textiles, azucareros, automotores) [...]. Para el Norte, consideramos lugar fundamental de trabajo, además del proletariado fabril, el proletariado rural y el campesinado pobre”⁵⁸.

Es de destacar que, a partir de entonces, ambas tareas y ambos “lugares de trabajo” concentraron, efectivamente, los esfuerzos militantes.

Y aunque el IV Congreso hubiera desestimado explícitamente la estrategia insurreccionalista, el establecimiento de una política de agitación y propaganda de “alto nivel político” y la identificación de los grandes centros fabriles como lugares privilegiados de actividad pueden advertirse como permanencias/herencias de componentes propios de aquella estrategia ante la contundencia de una estructura económico y social que no podía ser obviada por completo.

Sin embargo, la caracterización del proceso revolucionario como *guerra prolongada*, la certeza de que la lucha armada debía desarrollarse no sólo en los períodos

⁵⁶ De Santis (1998:121-122).

⁵⁷ De Santis (2004:221).

⁵⁸ De Santis (2004:224-225).

de auge de masas “cuando la insurrección asume la formas de una guerra civil” (como rezaban los escritos leninistas) sino también “bajo los períodos de reflujo”, la centralidad que en esa guerra ocupaba la construcción de un ejército revolucionario que se desarrollara “de lo pequeño a lo grande”, tanto en las ciudades como en los territorios rurales, en fin, aquellas concepciones que conjugaban la tradición maoísta con el legado guevariano (cuyo postulado central aseveraba que la acción armada de los revolucionarios crea las condiciones subjetivas para la revolución), harían que aquellos otros componentes quedaran opacados —cuando no teñidos— por la práctica armada.

Y en tanto “la política y el fusil no pueden ir por separado”, la línea política partidaria intentaría darle un desenvolvimiento simultáneo:

“la comprensión y explicitación de que la lucha armada y no armada de las masas, pacífica y violenta, en todas sus variadas y complejas manifestaciones, es parte inseparable de la guerra popular revolucionaria”⁵⁹.

El desarrollo simultáneo de “todas las formas de lucha”, en sus manifestaciones pacíficas y violentas, legales, semilegales o clandestinas, no se llevarían a cabo sin mayores tensiones y aún —a ojos extrapartidarios— contradicciones severas que terminarían entorpeciendo el avance de las fuerzas revolucionarias. Pero el análisis que de las distintas coyunturas políticas hacía el PRT y los pronósticos de ellos derivados no hacían más que ratificar la certeza de que “en esta Argentina que está en guerra la política se hace, en lo fundamental, armada”⁶⁰. Más aún cuando algunos de estos pronósticos se verían confirmados por el curso de los acontecimientos.

En efecto, para el PRT-ERP la llegada del peronismo al poder culminaría indefectiblemente en lo que la organización denominó la “facistización” del peronismo. Era indiscutible que el nuevo gobierno —dentro del cual la *Tendencia* ocupaba varias bancas, gobernaciones y ministerios— surgía de la voluntad popular. Pero más indiscutible resultaba para el PRT-ERP que el abandono de las armas facilitaría el avance de las fuerzas reaccionarias.

En la masacre de Ezeiza primero y en la renuncia de Héctor Cámpora después —con el consecuente avance de la derecha del peronismo en el gobierno— el PRT-ERP no dejaría de encontrar signos confirmatorios de su propio pronóstico. En la misma dirección podía leerse el fracaso de la “vía chilena al socialismo”.

⁵⁹ *Resoluciones del V Congreso* en De Santis (1998:142).

⁶⁰ *Resoluciones del V Congreso y Resoluciones posteriores*. Pub. del PRT, 1971, (1998-142).

Al referirse a la decisión perretista de continuar con la lucha armada durante el gobierno de Cámpora, Rodolfo Mattarollo explica:

“la racionalidad que le encontrábamos a las posiciones del PRT se basaba en la fascistización progresiva del gobierno peronista, la Triple A, el ascenso de López Rega... Lo que fue la sucesión de Cámpora... la salida de Cámpora del gobierno y de Esteban Righi como ministro del Interior [...] Bueno, entonces a Cámpora-Righi los sucede ‘el yerno’, como se lo llamaba, Lastiri [...]. Y, para que a Lastiri se lo nombre presidente se lo manda a Díaz Bialek, que era el presidente del Senado, a Argelia en una extraña excursión. Entonces ahí veíamos toda una conspiración que efectivamente existía para abrirle paso a un Perón [...] que había hecho de López Rega el personaje principal de su gobierno. Entonces, decididamente, en esta situación encontrábamos una racionalidad en la posición del PRT.

-¿Y cómo impacta la caída de Salvador Allende en este tema en particular?

“Bueno, ahí, de alguna forma, parecería que entonces los partidarios de la lucha armada tenían razón. No se podía hacer la revolución por la vía pacífica [...] era la demostración de que decididamente había un solo camino. Entonces eso también impactaba a favor de mantener una estrategia de guerra popular prolongada que parecía la única viable”⁶¹.

Finalmente, y atendiendo a la dimensión de la subjetividad colectiva, se advierte que la caracterización del proceso revolucionario como “guerra” no podía menos que determinar que las distintas tramas de la discursividad partidaria quedaran sensiblemente implicadas en una semántica bélica: palabras, símbolos, imágenes y mandatos propios de una cultura atravesada por la figura de la guerra ocuparon un lugar decisivo en el proceso de construcción identitaria de la organización.

5. Las implicancias de la guerra

Una vez caracterizada la revolución como guerra prolongada, la tarea impostergable de la hora para el PRT resultaba ser la construcción y fortalecimiento de

⁶¹ Rodolfo Mattarollo, 15 de noviembre de 2003. Testimonio brindado al Archivo Oral de Memoria Abierta.

un Ejército revolucionario y popular, motor y garante a la vez de la consagración revolucionaria. Ese proceso implicaba necesariamente la apelación y el despliegue de un conjunto de símbolos, valores y referencias identificatorias que delimitaran un *nosotros* frente a un *ellos*, que otorgaran una legitimidad histórica que estrechara los lazos entre el “verdadero” Ejército y su pueblo y, finalmente, que ofrecieran un manto de valor y sentido a quienes, en nombre de ese pueblo oprimido e insurrecto a la vez, se lanzaban a un combate en el que podían morir.

Así, la resolución N° 1 del V Congreso del PRT (1970) fue precisamente construir ese ejército y dotarlo de una bandera. El pabellón escogido como referente fue el del Ejército de los Andes pero, en consonancia con el carácter mundial de la revolución, el escudo que según la historiografía tradicional había sido bordado por las damas mendocinas fue reemplazado por la estrella roja de cinco esquinas, símbolo de la lucha de los cinco continentes por el socialismo.

El pasado nacional se integraba, así, a la cantera de referencias identificatorias de la organización. Y éstas habrían de ser, fundamentalmente, las guerras de independencia del siglo XIX (en las que, por cierto, se destacan las figuras emblemáticas de la historiografía mitrista lo que nos autorizaría a pensar que ejército revolucionario y ejército nacional compartían un universo mucho más amplio del que ambos podían suponer)⁶².

El Ejército Revolucionario del Pueblo fue dotado, también, por un himno que alentaba al combate. Uno de sus versos terminaría por erigirse como consigna identificatoria de la organización: “Adelante compañeros/ Hasta vencer o morir /Por una Argentina en armas/ De cada puño un fusil”.

Este llamado al combate armado impulsó fórmulas imperativas devenidas en mandatos ya a partir del propio momento fundacional del ERP. Si bien en los documentos allí presentados quedaba bien en claro que “la política es quien manda al fusil”, lo cierto es que la urgencia de los tiempos de “guerra” imponía tareas impostergables —e irrenunciables— para los verdaderos revolucionarios. Bajo la consigna “¡Todo el Partido al combate!” se dictaminaba:

⁶² Ya la primera acción armada del PRT, previa a la fundación del ERP, había sido el asalto al Banco Provincia de Escobar. El comando que lo ejecutó, liderado por el propio Santucho, se denominó Sargento Cabral. Más adelante, batallones y compañías serían bautizados con nombres y hechos emblemáticos de las luchas por la Independencia: San Martín, Combate de San Lorenzo, etc. Por otro lado, la lectura de la historia nacional de Mitre interesaba particularmente por la descripción que allí se hacía de las guerrillas libradas en Salta al mando de Güemes.

“Un partido de combate se caracteriza por eso mismo, porque combate, y en esta Argentina que está en guerra, la política se hace en lo fundamental armada, por lo tanto, en cada lugar donde el Partido esté presente en las masas se debe impulsar las tareas militares. Combatir, formar el ejército en la práctica de la lucha armada: *quien no pelea no existe*”⁶³.

Como contracara complementaria de lo anterior se constata otro componente fuerte, inevitable e imprescindible, que en esa “guerra revolucionaria” iría moldeando la identidad, la sensibilidad y las prácticas partidarias: el mandato de heroísmo, de sacrificio y la exaltación de la muerte en combate.

La documentación partidaria es abundante en semblanzas heroificantes de militantes “caídos en combate”, consignas que enarbolan la ejemplaridad de cada muerte invitando a continuar la epopeya del caído y una retórica sustentada en la certeza inconvencible de que la sangre de cada combatiente abona el cuerpo colectivo de la revolución. Dicha certeza quedaba cristalizada en una expresión que acompañaría cada muerte, cada sepelio, cada homenaje: “Ha muerto un revolucionario ¡Viva la revolución!”

Tan sólo a modo de ejemplo, podemos citar aquí algunas fórmulas tempranas en que estos componentes descriptos se plasmaron en el discurso partidario. Marcelo Lezcano, José Alberto Polti y Juan del Valle Taborda fueron unos de los primeros militantes del PRT-ERP caídos en un combate callejero con la policía en abril de 1971 en Córdoba. En su primer número después de lo hechos, *Estrella Roja*, órgano de difusión del ERP citaba, al final de un pequeño relato de las circunstancias en que estos tres militantes habían perdido la vida, unos versos del poeta cubano Nicolás Guillén: “Hay quien muere sobre su lecho/ doce meses agonizando/ otros hay que mueren cantando/ con doce balazos sobre el pecho”⁶⁴. Un mes más tarde, *Estrella Roja*, volvía a recordar a los caídos:

“el 17 de abril las calles cordobesas se tiñeron con la sangre de tres de nuestros más queridos compañeros [...]. Fue necesario que los mercenarios enemigos los enfrentaran de a diez por cada uno de ellos. Fue necesario que los tomaran sin municiones y encontrándolos indefensos, heridos en el suelo, los acribillaran alevosamente para poder apagar estas vidas al servicio de la revolución. Ellos sabían que en esta guerra del pueblo

⁶³ Resoluciones del V Congreso y Resoluciones posteriores. Pub. del PRT, 1971, p. 72

⁶⁴ Colección de Documento Histórico N° 26 de Infobae.

la muerte podía sorprenderlos [...]. No le temían [...] porque confiaban seguros en que su lugar de combate iba a ser llenado inmediatamente y su fusil caído multiplicado por mil”⁶⁵.

Si bien la apelación al sacrificio, el relato heroificante y la exaltación de la muerte en combate no pueden menos que estar presentes en cualquier grupo de hombres que se dirijan a la guerra, es indudable que la figura del Che Guevara, su “ejemplo” (claramente sustentado no sólo en su propio recorrido personal sino también en una postulada superioridad ético-moral) y su retórica refuerzan de manera singular la temeridad y el altruismo perretista. En la tapa de ese mismo ejemplar de *Estrella Roja* se reproduce un fragmento –que sería más tarde citado una y otra vez– del célebre mensaje del Che Guevara a la Tricontinental (1967):

“En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ése, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas, y otros hombres se apresten a entonar los cantos luctuosos con tableteo de ametralladoras y nuevos gritos de guerra y de victoria”.

La prensa partidaria, a lo largo de toda la vida activa de la organización, es abundante en este tipo de apelación donde la figura del militante caído se erige como héroe glorificado que impulsa a otros, con su muerte, a sumarse a esa guerra revolucionaria cuyo triunfo inminente parecía no dejar lugar a dudas.

“se equivoca de medio a medio el enemigo si considera que la muerte de nuestros compañeros queridos nos abate o desmoraliza, esa ofrenda vital y conciente de los camaradas nos estimula y nos lleva a proseguir la lucha con mayor entusiasmo y fortaleza”⁶⁶

Parece evidente, que esta apelación encontraba también fundamento en la certeza de la función pedagógica del mito. El héroe *muestra un camino a seguir, enseña con su ejemplo.*

⁶⁵ “Tres héroes del pueblo”, *Estrella Roja* N° 2, mayo de 1971.

⁶⁶ “Los que luchan y los que lloran” en Colección de Documento Histórico Infobae N° 26.

“Ante las dificultades, comportarse heroicamente. Ir dispuesto a matar o morir. La moral revolucionaria, base de nuestro heroísmo, es nuestra superioridad fundamental en el combate. El comportamiento heroico hiere la imaginación de las masas despertando admiración, solidaridad y sentimiento de emulación”⁶⁷.

Finalmente, las imágenes esgrimidas en pintadas, volantes, documentos y órganos de difusión dan cuenta, también, de un imaginario poblado por escenas y figuras bélicas: un combatiente empuñando su fusil o su ametralladora acompañaba las tapas de las *Estrella Roja* y la propia sigla PRT, nombre de la vanguardia política de esa guerra, llevaba en la forma de su letra “T” final un arma larga que, en muchos casos, se representaba disparando.

Conclusiones

Abordar la experiencia perretista atendiendo particularmente al problema de la llamada “militarización” exige exceder la dimensión de las responsabilidades individuales, la de la “insuficiencia”, “errores”, “esquematismo” y necesidades de los sujetos para adentrarse, finalmente, en el núcleo duro de las formulaciones político-ideológicas que fueron delineando y retroalimentando la praxis y la subjetividad partidaria. Porque por ajenas y aún descabelladas que puedan resultar tras el fracaso y la derrota de la apuesta revolucionaria setentista, aquella praxis y aquella subjetividad descansaron, en gran medida aunque no únicamente, sobre una racionalidad derivada de un escenario entendido como guerra. Desde esta perspectiva, este trabajo propone pensar y revisar críticamente no ya la “falta” de los hombres sino las implicancias quizás inevitables de las concepciones teóricas que éstos abrazaron. Sin duda, un análisis comparativo de las experiencias de otras organizaciones guerrilleras latinoamericanas que adscribieron al modelo de la guerra popular prolongada sería enriquecedor en esta dirección.

⁶⁷ Resoluciones del Comité Central de octubre de 1970.

Bibliografía

- Carnevale, Vera (2008) “Política armada: el problema de la militarización en el PRT-ERP” en *Lucha Armada en Argentina*, año 4, N° 11, Buenos Aires.
- Pozzi, Pablo (2000) “Por las sendas argentinas...” en *El PRT-ERP la guerrilla marxista*, Buenos Aires, Eudeba, p. 187.
- Seoane, María (1992) *Todo o nada. La historia secreta y la historia pública del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho*, Buenos Aires, Planeta, p. 343.
- Pittaluga, Roberto (2001) “Por qué el ERP no dejará de combatir”, ponencia presentada en las VIII Jornadas de Interescuelas/Departamento de historia, Salta.
- Lenin, (1917) *Marxismo e insurrección* en <www.marxistis.org>.
- _____ (1906) *La guerra de guerrillas* en <www.marxistis.org>.
- Neuberg, A. (1972) *La insurrección armada*, Buenos Aires, La Rosa Blindada, p. 56.
- Giap, Vo Nguyen (1971) Vietnam liberado. Guerra del pueblo-Ejército del pueblo, Buenos Aires, La Rosa Blindada, pp. 40-41.
- De Santis, Daniel (2004) “El único camino hasta el poder obrero y el socialismo” en *A vencer o morir. Historia del PRT-ERP*, 1, 1, Buenos Aires, Nueva América, p. 178.
- _____ (1998) *A vencer o morir. PRT-ERP Documentos*, Buenos Aires, Eudeba, p. 111.
- Guevara, Ernesto (1967) “Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental” en <www.marxistis.org>.

Resumen

Tras un breve recorrido por el accionar político y militar del PRT-ERP, el artículo analiza el problema del llamado “proceso de militarización” de la organización. Partiendo de un cuestionamiento de aquellas interpretaciones que presentan los términos ‘violencia’ y ‘política’ como excluyentes y que atribuyen a las ‘desviaciones’ partidarias la causa de la militarización, la autora concluye que el accionar político y militar del PRT-ERP no fue más que la consecuencia inevitable de la conjunción del modelo de guerra popular prolongada y el legado guevariano.

Finalmente, el artículo analiza las implicancias subjetivas de la noción de guerra revolucionaria advirtiendo que las distintas tramas de la discursividad partidaria quedaron sensiblemente determinadas por la semántica bélica.

Palabras clave: Guerrilla; militarización; guevarismo, maoísmo, sacrificio.

Summary

After a brief summary of the political and military actions of PRT-ERP, the article focuses in the so called “militarization process” of the organization. Questioning those interpretations that present ‘violence’ and ‘politics’ as opposite terms and that find in the party “deviations” the reasons of the militarization, the author concludes that the political and military activity of the PRT-ERP was the inevitable consequence of the conjunction of the “prolonged popular war” model and the guevarist legacy.

Finally, the article analyzes the subjective implications of the concept of revolutionary war, pointing that the different patterns of the party’s discursivity were substantially determined by the semantics of war.

Key words: Guerrilla, militarization, guevarism, maoism, sacrifice.